



LA BALADA DE
ABU GHRAIB

Philip Gourevitch
& Errol Morris

DEBATE

Annotation

Hay imágenes que trascienden su significado original para convertirse en íconos. En la guerra de Irak, este es el caso de las fotografías de las torturas en Abu Ghraib.

«Las fotografías no pueden contar historias —dice Philip Gourevitch—, solo pueden ser la evidencia de las historias, y una evidencia muda. Son necesarias la investigación y la interpretación.» La balada de Abu Ghraib es la historia de los soldados norteamericanos que fueron enviados a Irak como libertadores para acabar trabajando como carceleros en las antiguas mazmorras de Sadam Husein, asumiendo el papel de los verdugos que se suponía que ellos debían combatir; es la historia de cómo esos soldados se convirtieron en ejecutores —pero también en víctimas— de una terrible injusticia. Esta excepcional obra es una mirada al corazón de la guerra de Irak, la historia de las infames fotografías de la tortura en Abu Ghraib vistas a través de los ojos y las voces de los soldados que las tomaron y que aparecen en ellas, y que hicieron tambalear todas las argumentaciones proferidas en favor de esta «guerra contra el terrorismo».

«Gourevitch capta el detalle revelador en la mejor tradición de *The New Yorker*, como *A sangre fría* de Capote, o *Hiroshima*, de Hershey. La balada de Abu Ghraib es una lectura esencial para esta época.»

PHILIP GOUREVITCH ERROL MORRIS

La balada de Abu Ghraib

Traducción de Manuel Viciano Delibano

DEBATE

Sinopsis

Hay imágenes que trascienden su significado original para convertirse en íconos. En la guerra de Irak, este es el caso de las fotografías de las torturas en Abu Ghraib.

«Las fotografías no pueden contar historias — dice Philip Gourevitch—, solo pueden ser la evidencia de las historias, y una evidencia muda. Son necesarias la investigación y la interpretación.» La balada de Abu Ghraib es la historia de los soldados norteamericanos que fueron enviados a Irak como libertadores para acabar trabajando como carceleros en las antiguas mazmorras de Sadam Husein, asumiendo el papel de los verdugos que se suponía que ellos debían combatir; es la historia de cómo esos soldados se convirtieron en ejecutores —pero también en víctimas— de una terrible injusticia. Esta excepcional obra es una mirada al corazón de la guerra de Irak, la historia de las infames fotografías de la tortura en Abu Ghraib vistas a través de los ojos y las voces de los soldados que las tomaron y que aparecen en ellas, y que hicieron tambalear todas las argumentaciones proferidas en favor de esta «guerra contra el terrorismo».

«Gourevitch capta el detalle revelador en la mejor tradición de *The New Yorker*, como *A sangre fría* de Capote, o *Hiroshima*, de Hershey. La balada de Abu Ghraib es una lectura esencial para esta época.»

Título Original: *Standard operating procedure*

Traductor: Viciano Delibano, Manuel

Autor: Gourevitch, Philip Morris, Errol

©2008, DEBATE

ISBN: 9788483067604

Generado con: QualityEbook v0.84

Philip Gourevitch Errol Morris

La balada de Abu Ghraib

TÍTULO original: Standard Operating Procedure Primera edición: noviembre de 2008

© 2008, Philip Gourevitch y Errol Morris.

Todos los derechos reservados.

© 2008, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gracia, 47-49.08021 Barcelona

© 2008, Manuel Vidano Delibano, por la traducción

Versos de William Carlos Williams

© 1938 William Carlos Williams. Reproducidos con permiso de New Directions Publishing Corp.

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 978-84-8306-760-4

Depósito legal: B-41.498-2008

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Lixnpergraf

Mogoda, 29. Barbera del Vallès (Barcelona)

Para L.M. y J.S.

Nota acerca de la autoría

Este libro está escrito por Philip Gourevitch. Es fruto de año y medio de colaboración y conversaciones continuas con Errol Morris sobre los cientos de horas de entrevistas que llevó a cabo y los miles de documentos que reunió para su película documental *Standard Operating Procedure*. Todas las conversaciones citadas en el texto están extraídas de dichas entrevistas y documentos; la referencia completa de estas fuentes se encuentra al final del libro.

Aquello que es posible es inevitable...
Allons! Commençons la danse.

William Carlos Williams

Bagdad

(octubre de 2002)

UN domingo por la mañana el presidente liberó a todos los prisioneros. Nadie sabía por qué lo hizo. Tal vez no lo supiera ni él. El comunicado se leyó en la radio. Era la forma en que el presidente, según afirmó el locutor, daba las gracias al pueblo por haberlo reelegido unos días antes mediante un referéndum nacional. Todo el mundo sabía que el referéndum había sido una farsa —sin oposición alguna, Saddam Husein alegó haber recibido la totalidad de los votos—, y sin embargo el anuncio de la amnistía («completa, general y definitiva», salvo para los espías israelíes y estadounidenses) fue recibido con gran emoción en las calles: los automóviles hacían sonar el claxon y los fusiles de asalto disparaban salvas en un ambiente festivo. A lo largo y ancho del país, la gente empezó a congregarse a las puertas de las cárceles, pensando que podrían ver de nuevo a sus allegados, desaparecidos largo tiempo atrás: ladrones, intelectuales, defensores de la democracia o violadores.

Las cárceles de Saddam eran los motores de su poder, sus fábricas de terror y exterminio. Robar un pollo o un fiasco de champú podía suponer años y años de condena. En los crímenes contra el Estado —reales o imaginarios— no había límite a las torturas que podían impartirse. Los miércoles y los domingos eran los días de ahorcamiento en la cárcel de Abu Ghraib, situada 32 kilómetros al oeste de Bagdad. No era extraño que se rompieran cien cuellos cada semana en la horca, y cuando la masificación complicó el alojamiento de los nuevos presos, la factoría de muerte trabajaba a destajo» Abu Ghraib era la mayor de todas las cárceles de Saddam y también la más célebre. Su nombre

evocaba el infierno en vida y fue allí, más allá del aeropuerto, en el lugar donde la periferia de la expansión suburbial de Bagdad limitaba con los terrenos grises y baldíos del desierto, donde las noticias de la amnistía convocaron la mayor reunión espontánea que nadie pudiera recordar en Irak.

Transcurrida la mañana, parecía que había tantos iraquíes rondando las murallas de Abu Ghraib como prisioneros en su interior: entre diez mil y quince mil, según los informes. Y seguían llegando por millares desde todas las direcciones. A mediodía se estimaba que la aglomeración exterior ascendía a cincuenta mil personas que, cuando decidieron avanzar, arrancaron de sus goznes la odiada verja de la prisión y entraron en tropel.

En el interior, moviéndose en sentido contrario, había otra muchedumbre que se contaba por miles: los presos —heridos, sucios, llorosos, abrazados a las colchonetas enrolladas que eran sus únicas posesiones— buscando la salida. Los reclusos que estaban demasiado débiles para caminar salían a hombros de sus compañeros de celda mientras otros muchos, aún sanos, eran pisoteados hasta la muerte cuando estaban a punto de alcanzar la libertad. En medio de todo el caos y el alboroto, algunos guardias se unieron al ambiente carnavalesco de la liberación, arrancando los ladrillos de los calabozos para dejar salir a las personas retenidas; otros guardias, menos adaptables, siguieron golpeando a los prisioneros hasta que no les quedó ninguno a mano. Se dijo que hubo quienes aprovecharon la oportunidad para llevar a cabo algunas ejecuciones de última hora.

De esta forma se desmanteló por completo un sistema penal y se permitió que ciento cincuenta mil condenados camparan a sus anchas. Jamás había ocurrido nada parecido en todo el mundo. Y ese mismo día Sadam apadrinó una boda masiva a escala nacional. Se casaron cientos de parejas al mismo tiempo, y de nuevo la radio justificó el evento como un festejo en honor de la reelección del presi-

dente. Hubo más cláxones, más disparos en las calles. El Estado proporcionó ajueres completos a las novias: vestido, velo, calzado, bolso, guantes. Solamente los vestidos debían devolverse al concluir el acto.

Prisioneros y novias: tanta pompa, tanta emoción desbocada. Allí quedaba aquello, para que todo el mundo lo viera, pero ni siquiera verlo lo hacía más comprensible. ¿Qué pretendía Sadam?

El presidente de Estados Unidos amenazaba con tomar su país. El jaque era personal e inexorable. Había en Washington una enorme impaciencia por desencadenar la guerra, por «hacer Irak»; esa era la frase. Al fin y al cabo, ¿quién iba a estar de luto por Sadam, con todas sus mazmorras y sus cámaras de tortura? Nadie, ese era uno de los argumentos. Así que, cuando Sadam abrió las puertas de Abu Ghraib, se dijo que estaba dándose por vencido o al menos doblegándose, intentando aparentar amabilidad, aplacar a su adversario; se dijo que, sin hacer un solo disparo ni poner una sola bota en suelo iraquí, Estados Unidos lo había obligado a renunciar a uno de los instrumentos más siniestros de su régimen. Algunos periodistas extranjeros incluso compararon aquel domingo en Abu Ghraib con la toma de la Bastilla al principio de la Revolución francesa: el momento en que un pueblo reclamó su soberanía y puso a un dictador absoluto pies en polvorosa. La analogía resultó ser una quimera imprudente. En realidad, la apertura de las cárceles de Irak no fue más que otro capricho del tirano: no una concesión, sino una afirmación de su poder.

Entre toda la profusión enloquecida de impresiones contradictorias que llegaron de Abu Ghraib —el hedor penetrante, la inmundicia infernal, el estallido repentino de disparos de pistola para calmar al gentío, los llantos de una madre al encontrar a su hijo, los llantos de otra madre al descubrir que su hijo ya había sido ajusticiado, los ojos dementes de los cautivos, repentinamente libres—, tal vez el espectáculo más asombroso fuera el de los presos a la ca-

rrera cantando hasta desgañitarse: «Nuestra sangre y nuestras almas sacrificaremos por ti, oh Saddam».



ANTES

1

DIEZ meses después, en agosto de 2003, Lane McCotter y Gary Deland, dos ex directores ejecutivos del Departamento de Prisiones de Utah, conducían por los alrededores de Bagdad intentando encontrar un metalúrgico que pudiera fabricar literas para ellos. McCotter y Deland habían pasado todo el verano rehabilitando un par de bloques de celdas en Abu Ghraib. En los viejos tiempos, bajo el régimen de Sadam, las celdas estaban sin amueblar y los presos dormían en el suelo. «No había ningún miramiento —según McCotter—. Simplemente los apiñaban allí dentro como sardinas en lata.» Él pensaba que las literas serían un detalle agradable con el que poner de manifiesto la transformación de la cárcel. Pero los iraquíes no sabían de qué les estaba hablando: ¿una cama encima de otra? «Tuvimos que dibujarles lo que queríamos —afirmó—. Al final encontramos a una persona. Nos fabricó un prototipo, nosotros le hicimos algunos cambios y le compramos mil unidades, tan rápido como pudiera fabricarlas, para empezar a ponerlas en las celdas.»

Deland tomó fotografías de McCotter de pie, con aspecto orgulloso, junto a las primeras literas de Irak. Deland también estaba orgulloso. En julio había puesto en marcha una academia de prisiones pionera en la historia iraquí, y la primera promoción de nuevos guardias de prisiones estaba completando ya su formación. McCotter y Deland decidieron mostrar su trabajo en Abu Ghraib con una jornada de puertas abiertas y una ceremonia de graduación en la academia. Estaban preparándose para volver a casa, ya que su contrato con el Departamento de Justicia estadounidense vencía a final de mes. Invitaron a sus colegas de la Autoridad Provisional de la Coalición, del Ejército y del recién

creado Ministerio de Justicia iraquí; dijeron a algunos soldados del campamento militar de la prisión de Abu Ghraib que se acercaran; fletaron autobuses para los graduados de la academia y los animaron a traerse a sus familias; ofrecieron comida; incluso contrataron una banda iraquí de gaitas y tambores. «El peor sonido que he oído en la vida —comentó Deland—. Es imposible exagerar lo que sufrían los oídos.»

El día grande fue el 25 de agosto. Una semana antes había acudido un grupo de reporteros a la cárcel para informar de las secuelas de un ataque con mortero que mató a seis prisioneros en el campamento del Ejército e hirió a más de cincuenta personas. Uno de esos cincuenta —un cámara de la agencia Reuters que estaba grabando fuera de la muralla con autorización de los policías militares apostados en la puerta— murió por el disparo de un soldado estadounidense, hecho desde la torreta de un tanque en marcha. Pero ahora los bloques de celdas recién pintados relucían, la cocina nueva de la cárcel estaba casi acabada, estaba a punto de llegar un centro médico —según McCotter, «unas instalaciones de primera clase, posiblemente las mejores de todo Irak»—, la banda tocaba y McCotter y Deland enseñaban a sus invitados los nuevos patios de recreo para los presos de Abu Ghraib.

«Hicimos los discursos —dijo McCotter—. Cortamos la cinta inaugural. Dimos una pequeña visita para enseñarles el aspecto que tendrían aquellos bloques de celdas cuando la prisión estuviera terminada y les explicamos lo estupendo que iba a ser todo. Habíamos acondicionado todas las celdas. Teníamos literas. Teníamos colchones. Temamos toallas. Teníamos pasta de dientes. Teníamos cepillos de dientes. Teníamos utensilios saludables y cómodos, incluso alfombras de oración para los musulmanes, cosa que no tienen en casi ninguna prisión norteamericana. Intentábamos enseñarles lo que significaba gestionar una cárcel de forma humanitaria a la manera estadounidense, a la manera